

Mensaje inaugural de la Presidenta del Instituto Interamericano de Derechos Humanos

Sonia Picado Sotela

Es con especial complacencia que me dirijo a este auditorio en ocasión de la apertura de nuevas jornadas académicas, dedicadas a estudiar la relación entre la participación política y la inclusión, con énfasis en la realidad y perspectivas de nuestra América Latina.

Permítanme iniciar resaltando la angustiante vigencia de la necesidad de luchar por la inclusión en nuestra parte del mundo, si es que aspiramos a dejar de ser la región más desigual en el planeta y si queremos que nuestra democracia sea realmente sólida y conserve su legitimidad.

Tenemos motivos de legítimo orgullo en haber recuperado la democracia latinoamericana de la manera que lo hemos hecho en los últimos veinticinco años, pero también debemos reconocer sus crónicas insuficiencias y las fisuras que amenazan su integridad. Y en este campo, enfocar las dimensiones y múltiples facetas de la exclusión.

Por mucho tiempo, la Política latinoamericana tuvo un eje masculinista, metropolitano, criollo y católico, claramente notorio cuando comparamos la diversidad de nuestros electores con la relativa homogeneidad de los elegidos. El Poder ha sido reacio a cambiar esta cara, aunque debemos considerar progresos significativos en años recientes.

Una verdadera democratización de nuestras sociedades incluye, ciertamente, la participación electoral abierta a todos y a todas, pero tiene que extenderse al derecho de ser elegido.

Las mujeres hemos tenido que conformarnos por largas décadas con que nos pidieran que el tiempo naturalmente estableciera algún nivel de igualdad entre hombres y mujeres en los cargos de representación. Por más controversia que haya al respecto, ha sido por medio de la aplicación de las cuotas o acciones afirmativas que países como Argentina o Costa Rica han cambiado significativamente el número de mujeres en el Poder Legislativo.

Otros países han ensayado la aplicación de acciones afirmativas o formas particulares de representación para poblaciones subrepresentadas o excluidas: afroamericanos, indígenas y aun los nacionales en el exterior han sido objeto de este tipo de acciones en varios países latinoamericanos.

Lo anterior demuestra que hay preocupaciones válidas acerca de la superación de la inequidad y la exclusión en el terreno de la representación política, quizá la más notoria cuando pensamos en las facetas de la participación política.

Pero lo anterior no significa que la exclusión se haya superado, ni mucho menos, ni siquiera en su faceta de la representación política. Esta es una tarea vigente, dadas las disparidades entre países y entre regiones: mujeres, nuestra rica diversidad étnica y cultural, las poblaciones en pobreza, las personas con discapacidad, tenemos que seguir planteando y replanteando la necesidad de que los derechos a elegir y ser elegidos nos sean plenamente respetados y que exista una plataforma mínima de oportunidades iguales, que reconozca las diferencias de hecho y que busque corregirlas o atenuarlas.

Debemos también, en el contexto de los trabajos que hoy han iniciado con este Curso, preguntarnos si la participación política es una vía para superar la exclusión.

Tengo la convicción personal que hay importantes avances hacia la inclusión por medio de la presencia activa en la política. En primer lugar, la participación política ayuda a romper el muro de invisibilidad con que pretende ocultarse la diversidad y negarse la exclusión. Además, la participación política permite

articular plataformas de demandas de una manera más concreta que la simple asociación en la lucha por el reconocimiento de derechos. Finalmente, la participación política suele generar liderazgos cuya acción luego puede trascender de la arena de la contienda política a la reivindicativa, de más amplio alcance.

Espero con estas rápidas reflexiones dejar algún material para los debates de estos días: la participación política por sí sola no terminará con todas las formas de exclusión, pero su ejercicio supone un complejo de derechos que permite visibilidad, articulación y liderazgo, elementos necesarios para tejer la ruta para una progresiva inclusión.

Estoy segura que en cada uno de los sectores de los que ustedes provienen surgirán también ideas e iniciativas para hacer que las elecciones, los partidos políticos, el enfoque de los medios o el análisis de la academia asuman seriamente las dimensiones de la exclusión y construyan puentes en la ruta por la inclusión.

Es un tema de realidad, pero sobre todo, es un tema de justicia.